

El Último Espía

—  ahora soy el Último Espía, pero antes era Canguro Embalsamado. Ese era mi nombre en clave. Recibía llamadas en medio de la noche y una voz me decía lo que tenía que hacer.

Atención, Canguro Embalsamado: en la segunda butaca de la cuarta fila del cine Odeón hay un hombre con un sombrero negro; él le entregará un sobre. Guárdelo hasta recibir nueva información.

Y yo recibía y enviaba mensajes, y repetía frases sin sentido que eran, en realidad, contraseñas, y recorría la ciudad a la hora en que el sol se apaga. En los bares oscuros, frente a pocillos en los que se enfriaba un café que nadie tomaba, o en los bancos de piedra de las plazas, o en esquinas sin luz, había otros hombres como yo, también de impermeable, a la espera de señales y de órdenes.

—Atención, Canguro Embalsamado: en la estación del subterráneo hay un hombre que

vende guías de la ciudad. Pregúntele por la Calle de la Luna; él le entregará un plano con un círculo rojo.

Buscaba y dejaba mensajes en los pliegues de mármol de las estatuas, en botellas que flotaban en la fuente de una plaza, en libros abandonados bajo la lluvia. A veces seguía a hombres que se apuraban para despistarme, o a mujeres que se detenían a ver vestidos o zapatos de oferta. Tenía que descubrir si trabajaban para el enemigo. Ya cumplida la misión, llegaba el pago. Nunca sabía qué iba a recibir: billetes tan nuevos que parecían falsificados, o un cheque a nombre del Señor Canguro Embalsamado, que luego me costaba mucho cobrar, o arrugados billetes extranjeros, de países de los que nunca había oído hablar.

Durante siete años trabajé como espía, sin ver a mi jefe, que me llamaba desde la Oficina Central, ni a mis camaradas. Pero me gustaba saber que eran muchos, que también usaban nombres en clave, que les tocaba, como a mí, esperar en la lluvia o el frío.

Pero, con el tiempo, noté que había menos espías. En los bares oscuros ahora había parejas que se hablaban al oído y en los cines en continuo los espectadores, en vez de intercambiar mensajes peligrosos, prestaban atención a la película.

Cuando en la calle uno veía a alguien de impermeable, era porque llovía.

Una noche llamé a la Oficina Central y tardaron en atender.

—Aquí Oficina Central —dijo finalmente la voz de mi jefe.

—Hola, aquí Canguro Embalsamado. ¿Cómo anda todo por allí? Hace mucho que no me llaman.

—Olvídese de esos nombres tontos. El mundo de los espías se está disolviendo. Grillo Silencioso se casó con Cebra Triste, Pez Espada puso una ferretería... Yo esperaba su llamado para irme de aquí.

El jefe tosió.

—¿Y qué será de la Oficina Central?

—Cierra. Ya no hay nadie que limpie. Los escritorios juntan polvo. —El jefe volvió a toser.

—Entonces, ¿no soy más Canguro Embalsamado?

Nunca me había gustado ese nombre, pero con el tiempo me había acostumbrado.

—No. Nada de Canguro Embalsamado. Desde ahora usted es... —El jefe dijo el nombre como si se tratara de algo importante, que había pensado durante largo tiempo, pero yo sabía que

era lo primero que se le pasaba por la cabeza—... el Último Espía.

Me sentí como un astronauta perdido en el espacio.

Así fue como me convertí en el Último Espía. Extrañé las caminatas nocturnas, los mensajes secretos, aquel mundo en que todo lo importante se decía en voz baja. Ya no recibiría misiones de la Oficina Central, ni tampoco los billetes exóticos y arrugados. Tenía que empezar a trabajar de nuevo.

No quise poner un aviso en el diario porque me parecía que si prometía secretos, no podía ir anunciándome a los gritos: le quitaba el aura de misterio que siempre ha tenido nuestro oficio. Entonces escribí afiches con tinta invisible y los pegué por la ciudad. Confiaba en que los habitantes, intrigados por esos carteles en blanco, acercaría a ellos una fuente de calor (una potente linterna, una vela encendida) para que las letras hicieran su aparición. Esperé sin resultados que alguien descubriera el secreto y me llamara: los afiches seguían vacíos. En pocos días quedaron tapados por el anuncio del Circo Búlgaro, que todos los años visitaba la ciudad.

Cuando ya había perdido toda esperanza, el teléfono sonó. Era un domingo a la tarde.

—¿Último Espía?

Estuve a punto de decir que era número equivocado. No estaba acostumbrado a que me llamaran así.

—Llamo por el aviso —dijo la extraña voz.

—¿Leyó el afiche? —pregunté.

—Por supuesto.

La voz del otro lado de la línea sonaba muy grave. Estaba usando un distorsionador de voz para ocultar su identidad.

—¿Y cómo se le ocurrió que era un mensaje secreto?

—¿Qué otra cosa podía ser un papel en blanco?

Me alegré: aquel hombre pensaba como yo.

—Llamo para encargarle un trabajo.

—Espere. Dígame primero su nombre.

—Mi nombre no importa. Que le baste con saber que soy millonario.

—¿Millonario? ¿Qué clase de millonario?

—Siempre me dediqué al negocio de los útiles escolares. Mientras mis competidores fabricaban lapiceras y cartuchos y lápices, yo aposté al mercado de las gomas de borrar. Me di cuenta de que la gente gasta la mitad de su tiempo cometiendo errores y la otra mitad, corrigiéndolos. Puede llamarme el Millonario Misterioso.

—¿Cómo sé que es alguien real? ¿Cómo sé que me pagará por el trabajo?

—Dentro de quince minutos un niño tocará a su puerta. Se llama Miguel. Le dará un sobre con dinero y el recorte de una noticia. Usted tiene que resolver el enigma que esa noticia encierra. No le pida al niño ninguna información.

—¿Y qué hago una vez que haya resuelto el misterio?

—Escriba todo en una hoja y envíela en un sobre a la casilla 1225. ¡Sea claro, por favor!

Iba a preguntar más, pero el hombre cortó. Yo no me levanté de la silla: era esa hora del domingo en que uno no encuentra motivos para hacer nada. Esperar era una magnífica ocupación. Al rato golpearon a la puerta.

Afuera había un chico de unos ocho años, un poco bajito para su edad. En una mano llevaba un sobre grande, de papel madera, lleno de monedas y billetes chicos, junto a un recorte de diario. En la otra tenía un yoyó rojo, brillante.

El niño Miguel me miraba con ojos muy abiertos: parecía asustado por la misión. Tal vez le habían dicho que yo había sido, en el pasado, un peligroso espía. Para tranquilizarlo, le di un chocolatín que había comprado hacía largo tiempo. Estaba un poco derretido, pero los chicos

nunca se fijan en esas cosas y comen cualquier porquería.

—No, gracias —dijo—. Odio los chocolates.

—Dígame una cosa, Miguel. Ese millonario de las gomas de borrar... ¿dónde vive? ¿Cómo es?

—No estoy autorizado a responder preguntas. Eso está muy claro en mi contrato.

El chico se fue. Me limpié las manos manchadas de chocolate derretido, conté el dinero y ya feliz por saber que tenía la plata en el bolsillo, leí el título del recorte.

EL LOCO DE LOS TELESCOPIOS ATACA DE NUEVO